

mientras mas selecto y mas ilustrado, mejor sabrá compadecerme y disimular los defectos de mi discurso.

I.

Imposible pareceria, si no fuera un hecho tan manifiesto, que México, apenas conquistado contribuyera á la gloria literaria de España, con tan copioso y distinguido contingente.

Cualquiera creeria que el valor de las armas, habria impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias, y que la sed de riquezas no podria hermanarse con la ciencia. Si juzgamos, en verdad, por lo que pasa en nuestros tiempos, ó sacamos consecuencias de las operaciones que apasionados historiadores hacen de aquella época, tendríamos que afirmar que por muchos años despues de la caída del Imperio Azteca, nada habia visto nuestro suelo sino guerras, sangre, estragos, desolacion, esclavitud, ignorancia. ¿Quien habia de querer atravesar los inmensos mares para exponerse á peligrosas aventuras, sino soldados de fortuna, malhechores que no cabian en su patria, mercaderes codiciosos, sacerdotes que no podian brillar en su país por su ciencia ni virtud.

Y sin embargo, Señores, no fué así; las letras, y el saber y las artes, vinieron juntamente con las máquinas de guerra, y no solo fué México, el teatro de las azañas mayores que hayan visto los siglos, sino tambien la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios más brillantes que produjera esa época tan gloriosa para las letras.

No habian trascurrido treinta y seis años desde que Cortés entrara triunfante en la capital de Moctezuma, cuando el emperador Carlos V. expedía una cédula, para la fundacion en la recién conquistada ciudad..... de un convento acaso? ¿de una escuela de indígenas? ¿de algun colegio preparatorio siquiera?

No Señores, de una Universidad basada en el sistema, en el sistema que entónces regia á las mejores, y destinada á brillar junto á la de Salamanca y de Oxford.

Y no creais que fué un vano decreto, como tantos que la historia moderna nos ha acostumbrado á admirar al principio, y á despreciar luego por su ineficacia y absurdos.

No contaba la Universidad Mexicana sino medio siglo de fundada, cuando un jóven doctor cantaba aquí mismo, sin temor de ser desmentido y en presencia del gran arzobispo D. García de Mendoza y Zuñiga, estos brillantes versos.

Aquí hallaré más hombres eminentes
En toda ciencia y en todas facultades
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes.
Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De mas borlas, que bien será posible;
Mas no en letras mejores ni tan buenas.

Y no era, Señores, á pesar de esta modesta consecion, tan escaso el número de laureados, cuando el mismo poeta añadió poco despues hablando de la propia México.

Donde tiene hoy un religioso celo
Cuarenta y dos conventos levantados
Y ochocientas y más monjas de velo;
Una Universidad, tres señalados
Colegios, y en diversas facultades
Mas de ochenta doctores graduados.

Y esta Universidad, apenas nacida y ya gigante, que con

tanto entusiasmo cantaba, quien más tarde había de colocarse al nivel de Garcilazo, y quizá mas alto que Ercilla como poeta bucólico y épico, recibía por este tiempo las insignias de licenciado en derecho; quien se aprestaba á compartir el cetro de la poesia dramática española con Lope de Vega y Calderon, con Tirso de Molina y Moreto.

¿Nació en esta ciudad de las Lagunas *Don Juan Ruiz de Alarcon* ó abrió los ojos á la luz bajo la tibia atmósfera del mineral de Taxco, donde ciertamente pasó su niñez? Poco nos importa en este instante dilucidar tal punto: bástenos saber que el gran dramático, fué hijo de la entónces Nueva España, que en ella recibió la primera educacion y las inspiraciones primeras; y aunque el grado de bachiller lo tomó en Salamanca, tornó á su patria á incorporarse en el gremio de nuestra *Alma Mater*. Aquí empezó á ejercer la abogacia: en las juntas literarias teatrales tan frecuentes entonces, formó ese talento que había de dar tan ópimos frutos en la vieja Europa. No lo sigamos, Señores, en todas las peripecias de su azorosa vida? ¿A qué acompañarlo en su segundo viaje á la Madre Patria á pretender un puesto de relator del Consejo de Indias? ¿Para qué contristarnos siendo testigos de su pobreza, de sus desengaños, de sus sinsabores, de las burlas de que lo hacia objeto la deformidad de su cuerpo? ¿A qué hacer investigaciones acerca de su vida privada, que solo nos darian por resultado inciertas conjeturas? Vive en sus libros nuestro gran dramático, juzguémolo por ellos, y para no emitir un juicio vano que repruebe el Supremo Juez de vivos y muertos, abramos juntamente el Libro por excelencia, y demos nuestro fallo segun lo que resulte de la comparacion de ambos volúmenes.

El parto mas célebre del ingenio del gran Alarcon, es el drama cuyo título retoza en vuestros sábios: *La verdad sospechosa*. Sus versos sonoros; el lenguaje puro y castizo, la viva-

cidad de los diálogos, la propiedad de los caracteres á otros toca encomiarlos; y no solo han servido de admiracion á cuantos hablan el idioma español, sino de modelo á insignes extranjeros, uno de los cuales ha buscado su reputacion dramática en la version casi literal de la obra mexicana "Sarta, de perlas orientales, (dice un autor contemporáneo) parecen las bellezas de pensamientos y de diction que la realzan" y en el fondo permitásenos añadir, parece haber sido sacada de los libros Santos y de los antiguos padres de la Iglesia. *Los lábios mentirosos son abominables al Señor* y á hacer aborrecible la mentira hábilmente personificada, se consagra la entera produccion. No parece sino que el pensamiento predominante, y hasta el título, son una traduccion libre de la máxima del eclesiástico, ¿qué verdad puede sacarse de un mentiroso? *á mendaces quid verum dicitur*. El admirable discurso que brotó de los lábios del anciano D. Beltran al saber la manía de su hijo querido es una verdadera paráfrasis de estas inspiradas sentencias *Potior fur quam assiduitas viri mendacis; moris hominum mendatium sine honore*. Yo os confieso, Señores, que al oír á D. García manifestar entusiasta el gusto insensato, que siente al comunicar ántes que otro, noticias inesperadas aunque falsas; al escuchar las discretas conversaciones de las damas y aun una que otra observacion del criado, me ha venido á la mente la bella descripcion que del embustero hace S. Efrén Siro "Quien cifra sus delicias en las mentiras pierde toda autoridad en sus palabras, se hace odioso no solo al Señor, sino á los hombres; no hay accion que no se le repruebe; se sospecha aún de sus mas insignificantes respuestas. Por causa de él hay en la familia disenciones sin cuento y se suscitan riñas á cada paso. Es curioso y ansia por descubrir secretos, pero con igual facilidad los revela, y tiene especial tino para trastornar todo con su lengua. No hay plaga mayor que el embustero, no hay des-

honra mayor que el tener este vicio detestable". Otros textos pudiera aducir de San Gerónimo y San Agustín, que sostiene minucioso cotejo con varios pasajes del drama alarconiano pero ¿á que aglomerar? ¿Conocía al poeta y estudiaba los Santos Padres ó son estas meras coincidencias? Difícil sería averiguarlo; pero no anduvo errado el mejor biógrafo del gran dramático, al suponer ó adivinar que la víspera de escribir ciertos bellos versos, que omito citaros, se había adormecido leyendo en el precioso libro de la Imitación de Cristo el pasaje siguiente.

"El demonio deja de tentar á los infieles y pecadores, porque los tiene ya seguros; y solo tienta y atormenta de varias suertes á los fieles y devotos." ¡Oh! yo os aseguro que quien medite en el desenlace tan moral de la *Verdad Sospechosa*; quien contemple el castigo que recibe aun en el mundo quien falta á la verdad, el deshonor que le acompaña, los males que le sobrevienen, podrá sacar de una pieza, hecha al parecer tan solo por agradar, mas provecho quizá, que de un sermón.

Podría seguir recorriendo una á una las demas páginas del ilustre mexicano y confrontándolas con los Libros inspirados, pero sería ocioso fatigaros. Con todo, diré algunas palabras sobre *El Exámen de Maridos*. ¡Que obediencia tan ascendrada á la última voluntad de su padre, hallamos en la protagonista! ¡Qué juicio, que sobriedad, que prudencia al dar este paso, tan decisivo en la vida, cual es elegir esposo, en que tan á menudo no se consultan sino bastardos intereses! ¡Qué amistad tan fina la que vemos allí personificada! ¡Con qué delicadeza hace ver el autor hasta donde puede llevar la pasión de los celos, aun á las mujeres de mas benévolo y de mas esmerada educación!

Hay una escena en los *Favores del Mundo*, que merece ocupar nuestra atención, en este lugar santo. Todo el drama nos presenta, en una serie de preciosos cuadros que se suceden unos á otros en armoniosa combinación, la inestabilidad de las cosas

humanas, los frecuentes cambios de la suerte, y la rapidez con que gira, sobre todo en las córtes, la caprichosa rueda de la fortuna. El héroe principal ofendido por otro caballero, corre seis años por ciudades, villas y campos, sediento de venganza, en busca de un odioso rival. Cuando ya desespera de alcanzar su tristísimo objeto, lo encuentra en la calle y se lanza sobre él, espada en mano, resuelto á dejarlo sin vida. Es diestro y saltan los aceros sin que el ofendido haya triunfado, luchan entónces cuerpo á cuerpo, y al fin caen entre ambos; pero quedando aquel debajo y en poder del vengativo hidalgo. Saca este la daga homicida, la levanta furioso, y ya va á descargar el golpe mortal, cuando el vencido en tan terrible trance exclama con voz lastimera "*Valgame la Virgen*. A éste nombre tan dulce y tan sagrado, la ira de tantos años se trueca en mansedumbre, el odio se convierte en eterna amistad, y en vez de caer el puñal sobre la desarmada víctima, el vencedor ayuda á levantarse al tendido y se estrechan los dos entre los brazos. ¿No os recuerda esta escena la que realmente pasó en un callejón de Florencia, un viernes Santo, célebre en los anales eclesiásticos, que señala la conversión del que hoy veneramos en los altares bajo el nombre de S. Juan Gualberto?

Pero lo que hay más notable es, que el dramático dió al héroe su propio apellido y así evidentemente quizo por este medio probar al público y á sus detractores la nobleza de su linaje y lo esclarecido de su nombre, así tambien con toda probabilidad se retrató así mismo, al pintar á Garci-Ruiz de Alarcon, trasladándose á la escena, no su pequeño encorvado cuerpo y su desagradable exterior, sino las bellas cualidades y cristianas virtudes que adornaban aquella alma, encerrada en tan estrecha cárcel.

¡Que lecciones tan bellas y tan conformes con la enseñanza y ejemplo de nuestro Divino Maestro aprendemos en este her-

mosísimo drama! Aquí volvemos hallar á una dama zelosa, que olvida su dignidad y se abaja á indignos manejos, por no resistir á esa funesta pasion, que el Espíritu Santo compara á los tormentos del Infierno: *dura sicut Infernus emulatio*. Aquí observamos, como en todas las comedias de *Alarcon*, que miéntras los caracteres de los varones son elevados, nobles, generosos, dechados de lealtad, de virtud y de hidalguía. las mujeres por el contrario, se nos presentan muy inferiores, y ni bajo el punto de vista dramático, ni bajo el aspecto social ofrecen aquellas dotes, aquellas cualidades, aquellos atractivos que nos encantan en Lope ó Calderon. Lo atribuyen los críticos al poco trato que tuvo con las damas un hombre á quien su figura apartaba necesariamente de tal sociedad. Esto, Señores sí algun tanto lo pone bajo el nivel de sus rivales en el arte dramático, mucho lo realza á nuestros ojos, pues nos indica que su vida fué conforme á las cristianas máximas que profesaba. Nada en efecto, ha descubierto contra él, esta edad maldiciente y curiosa, que no sé con que conciencia ha ido á desenterrar y dar á luz cartas de Lope de Vega y otros ingenios, para arrojarles lodo á la cara con especiosos pretextos, y cubrir su venerada memoria de indeleble baldon. Una que otra sátira y punzante alusion de los émulos y contemporáneos del mexicano, no puede hacer mella en los que alguna experiencia tienen del mundo, y saben con que facilidad se ceba la calumnia en los mas inocentes. Sea como fuere, Señores, y sin pretender hacer un santo de nuestro ilustre literato, nos cabe el consuelo de que habiendo escrito libros en que resplandecen la moralidad y la religion, despues de haber sufrido con cristiana resignacion y heroica paciencia los vaivenes de la fortuna, coronó la obra adormeciéndose piadosamente en el Señor. Hoy hace dos siglos y treinta y nueve años, que léjos de su suelo natal, en una pobre casa de la parroquia de San Sebastian de

Madrid, recibia con gran devocion los Sacramentos de la Iglesia, para entregar su alma al dia siguiente en manos del Criador. Dejó en su testamento limosnas para quinientas misas, prueba de su fé en el valor del Santo Sacrificio; prueba de que en su humildad cristiana, se reconocia manchado delante de Dios, y que aunque su contricion y la eficacia de los Sacramentos le daban la confianza de haber recobrado la gracia, no ignoraba que en sus escritos sobre todo, habia alguna vez faltado á la Ley, dejando en ellos, cual los israelititas de Odolan sobre su cuerpo, algunas ofrendas de las consagradas á los idolos.

Estas ofrendas, Señores, las hemos hallado por desgracia, y no podemos menos que confesar á pesar nuestro, que algunas de sus primeras comedias son algo licenciosas, y que aun en las mas morales hay chistes y equívocos que ningun cristiano puede aprobar. Hagamos por tanto, como el esforzado Macabeo; ofrezcamos sacrificios por el alma de nuestro gran dramático y por las de todos aquellos que, despues de cultivar las letras en nuestro suelo, murieron en el ósculo del Señor *cum pæce dormitionem acceperunt*. Oremos, oremos por ellos, que bien han de merecer nuestra compasion por grandes que aparezcan bajo el aspecto literario.

Grandiosa es en verdad la figura que ahora me toca presentaros, y al par que sublime, dulce, simpática y amable cual pocas. Hablo, Señores, del autor del *Bernardo* y del *Siglo de Oro*, del ilustre cantor de la *Grandeza Mexicana*, del esclarecido Obispo de Puerto Rico, D. Bernarde de Balbuena. ¿Qué importa que haya nacido en Valdepeñas? Desde muy pequeño lo vimos estudiando en nuestras escuelas, cursando las aulas en nuestros colegios y ganando el premio tres veces en los certámenes poéticos que en México acostumbraban celebrarse. En uno de ellos lo admiramos á la edad de diez y siete años,

en presencia del docto arzobispo D. Pedro de Moya y de todos los padres del Concilio III Mexicano, disputando la palma á nada menos que trescientos competidores, y saliendo como de costumbre, triunfante. La teología lo hace por algun tiempo colgar la lira, y en esta Universidad se gradúa de bachiller; atravesando de nuevo los mares para recibir en Sigüenza la borla de doctor en la misma sagrada Facultad. Pudiera quedarse en España. ¡A cuantos honores, á cuantas dignidades no lo conducirían rápidamente su preclaro ingenio, la ciencia adquirida, y á la gran reputacion justamente ganada! Torna, no obstante, á la Nueva España, y aquí mismo no permanece entregado á las delicias de esa corte vireyenal, que tanto le encantaba, sino que parte sin vacilar á donde lo llama el deber, á la remotísima Culiacan.

Señores Académicos: imaginaos aquel cisne que con su canto habia traído la atencion de los mas doctos varones de esta floreciente colonia; que habia visto suspenso de sus lábios á lo mas florido de la aristocracia mexicana; que habia saboreado las delicias de la sociedad mas culta de España y de América: imaginadlo ahora *en aquellas desiertas costas y abracados arenales, sin oír otro aliento que el bramido del mar, ó cuando mucho, viendo coronarse el peinado risco de un monte con la temerosa imágen y espantosa figura de algun indio salvaje.* En medio de aquel aislamiento permanece el desprendido sacerdote, sacrificándolo todo en armas de la abnegacion cristiana, no un día y ni un año, sino casi tres lustres. ¡Que mucho que algunas de sus producciones hayan sacado esos defectos que, abultados por críticos malévolos, hacen muchas veces á inexpertos estudiantes juzgarlo con amarga injusticia. ¡Que mucho que dejara correr su pluma trazando con asombrosa rapidez estancia tras estancia, hasta llegar á los cinco mil octavos de que consta el Bernardo. ¡Qué alientos podia tener para borrar y

correguir, para limar y desechar, cuando podria suceder, como no ignoraba, que nadie leyese lo que en tan remotas comarcas escribia? Con razon soñaba en aquellas estériles playas con el verdor de las Selvas de Erifile, y se forja un siglo de Oro, en que pastores y zagales formaban por su sencillez y dulzura agradable contraste con el rudo salvaje y el avaro colono!

Pero señores, estos deshagos del vate desterrado de un centro, ¿debieron darse á la luz, cuando mas tarde era el autor Abad de Jamaica, cuando sus sienes ya ceñian la distinguida Mitra de Puerto Rico? ¿Corresponden en la forma y en el fondo al sublime carácter de que se viera revestido? ¿Llenó con ellos el alto deber de enseñar á las naciones, *docete omnes gentes*, que se le impusiera al entregarle el báculo pastoral? Permittedme que para dilucidar tan ardua cuestion tome por guia al sapientísimo Obispo de Cesarea, al Padre de la Iglesia San Basilio, no sin razon apellidado el Grande.

“Los libros santos, decia á los jóvenes de su diocesis, las lecturas piadosas, nos conducen á la vida eterna, revelándonos los misterios y enseñándonos las arcanas doctrinas que el Divino Espíritu dictara. Pero mientras que la edad no nos permite engolfarnos en la profundidad de sus máximas; mientras no es posible á nuestro entendimiento, aun no bastante cultivado, penetrar su sentido, es menester que nos ejercitemos estudiando otros autores mas fáciles, y cultivando nuestra mente con otros escritos; á la manera que el soldado, largos años antes de salir á la guerra, se ejercita en el manejo de las armas, y lucha mil veces en simulados combates. La guerra en que hemos de luchar es la mas terrible de las guerras; y á ella es forzoso prepararnos de antemano, y versarnos en los poetas, en los historiadores, en los retóricos y en todos aquellos autores que pueden ilustrar nuestro entendimiento: *poetis, historicis, et rhetoribus, hominibus omnibus utendum, unde utilitas*

aliqua ad animam curandam accessura sit. ¿Quién duda que en el árbol buscamos el fruto ante todo y que por él los calificamos de bueno ó de malo? Pero ¡cuanta hermosura no le añade el follaje que se agita en derredor de los ramos y presta grata sombra en los ardores del estío! De igual manera, la verdad es el fruto principal del alma: pero ¡cuanta gracia no le añaden las hojas de la erudición y de la sabiduría! ¡Cuanto realce dan á la ciencia sagrada el follaje y la sombra que presentan los conocimientos profanos! *Animae primarius fructus et veritas ipsa, sed tament haud ingratus est externae sapientiae amicus, tanquam si folia quaedam fructui et umbraculum et aspectum non inane praebent.* Moises, sábio entre los sábios ¿no llegó á la contemplación de *El que es*, gracias á la educación esmerada que recibió entre los egipcios? ¿No debió Daniel á su versación en la ciencia de los caldeos, el haber sido después tan docto en las letras sagradas? ¿Y á que debemos, podríamos añadir nosotros, esa galanura del lenguaje, esa elegancia, esa elocuencia que nos cautiva en el Crisóstomo y en el Magno Basilio, sino á su profundo y continuado estudio de Homero y de Demostenes, de los poetas y de los historiadores de Grecia? Si Agustín, antes de disputar con los Maniqueos, no hubiera enseñado la retórica, si Gerónimo antes de ser tan ferviente cristiano no hubiera sido *ciceroniano* (como creyó lo llamaban en sueños) ¿serían tan persuasivos sus discursos, habrían llegado hasta nosotros sus obras, pasándolas ávidamente de mano en mano á una y otra generación?

¡Ah! Con razón el Crisóstomo puso tanto cuidado en conservar las obras de los dramáticos antiguos, que eran su delicia. Con razón San Basilio escribió expreso para recomendar los libros de los gentiles y dirigirnos en su estudio, la preciosa homilía de que os he citado algunos trozos y cuya doctrina os estais propinando. Grande mérito tiene quien cul-

tiva el árbol cuando ya dá fruto: pero mayor quizá lo adquiere el jardinero que se consagra á regarlo todavía tiernecito, y cuida que sus ramas y sus ojas á sus primeras flores broten y crezcan y se difundan de tal suerte, que pueda después cargarse de sabrosísimas pomas.

Así es Señores, que si Tomás de Aquino mereció bien de la Iglesia al explicar y escribir su maravillosa *Summa Theológica*, no hizo menores servicios al trasladar en su filosofía á la ciencia cristiana, las formas y principios del pagano Aristóteles. Si nuestro Alegre, gloria de la Compañía de Jesús y del puerto de Veracruz que lo vió nacer, llenó su misión de sacerdote dejando estampada su teología, escrita en florido y dulcísimo estilo, no se mostró ménos digno de su alto carácter al legarnos la *Iliada* de Homero, traducida admirablemente en hexámetros latinos. De igual manera *Balbuena*, si como gran prelado se portó visitando la abrasada diócesis de Puerto Rico, á la edad de más de cincuenta años; si cumplió con su deber de enseñar á las naciones, reuniendo á sus eclesiásticos en sínodo diocesano, ilustrando á sus colegas del Concilio Provincial de Santo Domingo, dirigiendo continuamente á sus fieles elocuentes homilias, escribiendo el piadoso poema la *Cristiada* (que los holandeses quemaron en el asalto de la Isla), no fué ménos grande ni ménos piadoso, ni ménos digno; poniendo al alcance de todos las bellezas de Virgilio y de Homero, de Teocrito y Ovidio. No solo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecía, como aconseja San Basilio, sino que siguió aún mas escrupulosamente sus instrucciones. ¿No veis dice el Padre tantas veces citado, no veis á las abejas como escogen el sumo de las flores de que han de formar su dulcísima miel?

Ni á todas vuelan, ni en todas se paran, ni en todas igualmente se detienen. De unas beben mas de otras ménos, y cuando han libado el jugo de que han menester para formar su pa-